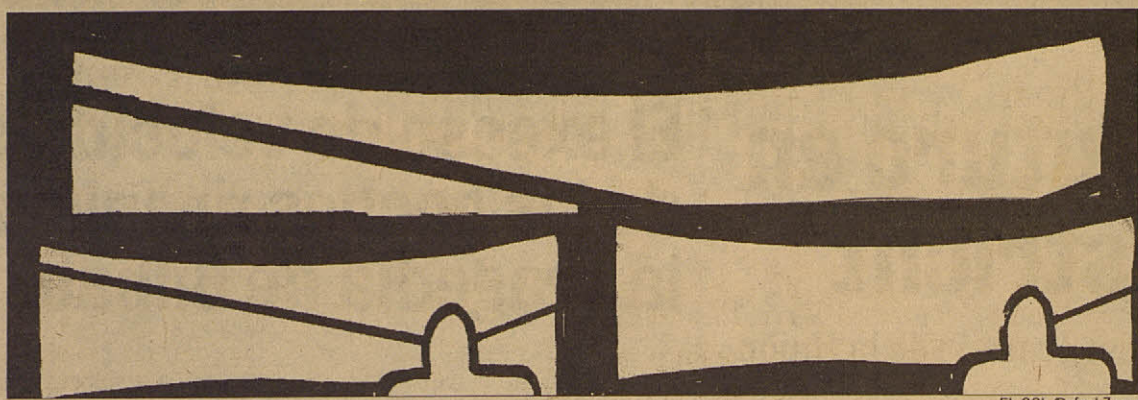


SEGUNDA PLAN

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO



EL SOL/Rafael Zarza

La voz a ti debida

C ONOCI MUY PRONTO la poesía de Pedro Salinas. Entre otros muchos libros de la biblioteca que fue de mi madre encontré la primera edición de *Seguro azar*. Debía estar yo entonces estudiando el bachillerato, y de la poesía castellana posterior a Rubén Darío sólo había leído *Campos de Castilla*, de Antonio Machado, y la *Segunda antología poética*, de Juan Ramón Jiménez, que me deslumbró. Y Salinas parecía más cerca de J. R. J. que del lirismo realista, con tintes aún modernistas, de Machado. Leí *Seguro azar* muchas veces, hasta que llegué a medio entenderlo, y no paré hasta que en una librería de lance encontré *Fábula y signo*. Mi profesor de literatura me dijo que Salinas escribía "poesía dura": después supe que así era llamada la poesía de J. R. J., lo mismo que la de Salinas y Jorge Guillén. Más tarde, en Madrid, mientras estudiaba Derecho, fui comprando, en la Cuesta de Moyano, todos los libros que encontré de los poetas del 27, y los que no encontraba los leí de prestado a algún compañero iberoamericano del Colegio Mayor Guadalupe, entre 1947 y 1951. Ya tenía toda la obra de Salinas hasta entonces publicada, desde *Presagios* hasta *Largo lamento*.

En *Presagios*, su primer libro, sí se notaba claramente la influencia de Juan Ramón Jiménez: para escapar del moribundo *modernismo* de Darío y compañía, Salinas orilla el realismo sensorial de Machado y, a partir de J. R. J. busca un estilo propio, intelectualista, envuelto en un ambiente poético emocional, abstracto. Con ser un buen libro, no estoy de acuerdo con el juico de Luis Cernuda, que siempre afirmó que *Presagios* era lo mejor de Salinas. Lo que sí es cierto es que en el poema número ocho de este libro se puede adivinar el tono cálido e íntimo de su posterior poesía amorosa.

Antes de seguir, quiero ahora aclarar el porqué de lo equivocado que es llamar *posmoderna* a la poesía de Salinas. En España y en Iberoamérica se llamó *modernismo* a un movimiento literario que puede situarse entre 1880 y 1920, que era, en realidad, una no muy afortunada mezcla de elementos parnasianos y simbolistas, es decir, una mal digerida influencia de la poesía francesa. A esa mixtura la bautizó Rubén Darío con el nombre de *modernismo*, que ha hecho fortuna en nuestra terminología literaria, produciendo poetas de mérito como Julián del Casal, José Asunción Silva o Gutiérrez Nájera, al otro lado del Atlántico, y aquí a los hermanos Machado, Valle-Inclán o el primer Juan Ramón Jiménez, por citar los más conocidos.

No ocurre así en la poesía anglosajona, en donde se llama modernistas a los poetas apadrinados por Ezra Pound, como Thomas Stearns Eliot, William Carlos Williams o Wallace Stevens, atentos a la irrupción del lenguaje de la técnica en la literatura, y que empezaron a publicar alrededor de los años veinte de este siglo, es decir, como los poetas del 27. Howard Young asocia la poesía de Salinas a la de Eliot, precisamente por su automóvil, teléfono, tren, tranvía, máquina de escribir, gramófono, bombilla, asfalto... Y por emplear en el poema, a veces, técnicas cinematográficas, radiofónicas o publicitarias. Quede claro: Salinas es "moderno", no "posmoderno"; quizás el más claro representante de la modernidad en nuestra poesía.

Francisco Brines, que desde que le conozco, y ya son años, siempre ha apreciado, con igual o mayor devoción que yo, la poesía de Salinas, ex-

plica la magistral novedad de *Seguro azar* y *Fábula y signo* analizando dos poemas: *Estación* y *Far West*. En el primero un viajero nocturno despierta de su sueño en el coche-cama, mientras el tren está detenido en una estación, a causa de una voz que, en el andén, pregona el nombre de la ciudad, que el viajero, entre sueños, imagina y prefiere a la real: "... tú, mía, instantánea/ voz y sonido puro contra piedras". Y *Far West* nos avisa de la experiencia de un espectador de cine que recuerda luego con nostalgia los cabellos sueltos de Mabel, la heroína, ondeando a un viento "que se murió/ sin que yo lo conociera..." pero el poeta, en su imaginación, asegura: "Está allí, en el mundo suyo,/ viento de cine, ese viento". En ambos poemas, Paco Brines resalta tres puntos característicos de esta etapa de Salinas: la descripción de una sensación experimentada; el avance sorpresivo, ingenioso del poema; y la transmutación poética de lo cotidiano. Sí, es cierto que la monotonía de la forma, por su reiteración, puede llegar a producir el cansancio de lo que parece ya sabido.

La poesía amorosa de Pedro Salinas, contenida en su casi totalidad en *La voz a ti debida*, *Razón de amor* y *Largo lamento*, es excepcional; cada uno a su modo e intención, él y Luis Cernuda son los mejores poetas del amor, en castellano, de este siglo. Con Salinas aparece una nueva voz amorosa, la del monólogo con una amante que no está, que está fuera, que nunca responde, pero que existe, que se nos representa a través de la magia poética de su enamorado, que la vuelve real y que nos deja compartir su ternura, su belleza. El lector puede incluso llegar a pensar que vivió una experiencia de amor parecida. Suscribo la opinión de Luis García Montero: "Salinas acierta con nitidez cuando su realidad amorosa no la aborda desde la objetividad de un concepto o desde las referencias prosaicas al mundo, sino desde la construcción, en sus poemas, de situaciones reales y fácilmente reconocibles..."

La originalidad poética del tema amoroso en Salinas reside en su don de hacernos sentir, de recrear en nosotros un amor real. Y todo esto con un lenguaje limpio, que no emplea nunca las palabras gastadas del léxico romántico o parnasiano; y sin caer en explicitaciones de esas absurdamente llamadas *partes íntimas* del cuerpo de la mujer, tan caras a un gran sector de la llamada poesía de amor contemporánea. Salinas insinúa, velando o callando, el cuerpo de su amante y sus efusiones amorosas. Insinuar, velar y *no decir* son los rasgos del más puro erotismo, de la absoluta sugestión ambigua. Salinas salta siglos: en el pasado enlaza con Juan de la Cruz, Teresa de Jesús, Fray Luis de León (¿recuerdan?: "Ahora con la aurora se levanta/ ni luz, ahora coge en rico nudo/ el hermoso cabello, ahora el crudo/ pecho ciñe con oro y la garganta..."), con diversos poemas de Lope, Góngora o Quevedo; y en el presente y en el futuro, el magisterio de Salinas, aunque tardío, ha comenzado ya, y será largo.

Me comí el espacio de este artículo y me he dejado muchas cosas que pensaba escribir. Elijo una de ellas, muy personal: en mi adolescencia conocí parte de la obra de Marcel Proust gracias a las espléndidas traducciones de Pedro Salinas, ya que mi francés era muy deficiente. Recuerdo sus versiones de *Du côté de chez Swann*, de *A l'ombre des jeunes filles en fleurs* y *Le côté de Guermantes*, que tradujo con José María Quiroga Plá. Los cuatro tomos resantes de *À la recherche du temps perdu*, los tradujo con mucha voluntad, Consuelo Berges. Pero no era lo mismo.